

Nota previa

Este volumen reúne los artículos publicados en la revista *El País Semanal* entre el 13 de febrero de 2005 y el 4 de febrero de 2007. Se corresponden con noventa y seis domingos, es decir, dos años de tarea, con la excepción de los cuatro domingos de agosto de 2005 y de 2006, meses en los que libré o tomé y di un respiro.

Mis colaboraciones semanales en esta publicación se habían iniciado dos años antes, el 16 de febrero de 2003, y las correspondientes a ese periodo fueron recogidas en el volumen *El oficio de oír llover* (2005), editado por Alfaguara, al igual que otras recopilaciones aún más antiguas: *Harán de mí un criminal* (2003), *A veces un caballero* (2001), *Seré amado cuando falte* (1999) y *Mano de sombra* (1997). En estas últimas pueden encontrarse los artículos que vieron la luz en otra revista, *El Semanal*, a lo largo de ocho años, entre finales de 1994 y finales de 2002.

Quiere esto decir que, con breves pausas, llevo un total de doce años escribiendo una columna dominical de extensión no precisamente mínima (de hecho Julia Luzán, mi principal contacto en *El País Semanal* y la encargada de preparar mis textos —todavía no escribo con ordenador, sino a máquina—, me regaña a menudo por hacerlas siempre algo más largas de lo deseable, y obligar a empequeñecer el tamaño de la letra impresa).

Hace poco, una estudiante de periodismo me envió un cuestionario con un montón de preguntas sobre mi actividad articulística. Una de ellas era «¿Cómo escoge los te-

mas?», a lo cual sólo se me ocurrió responder lo siguiente: «Buena pregunta. ¿Cómo, en efecto? Me asombra que aún me surjan a veces asuntos nuevos». Debo añadir aquí que todavía me asombra más la existencia de lectores —quizá no son demasiados— que no estén hartísimos de los viejos. Porque lo cierto es que, al releer estas noventa y seis piezas en la corrección de pruebas, observo que hay cuestiones sobre las que insisto, con las inevitables repeticiones por las que me disculpo ahora. Éstas, sin embargo, no son tan sólo culpa mía, me doy cuenta. En España cada vez sirve de menos desmentir una información o desbaratar una creencia o echar por tierra una teoría; o explicar algo pacientemente, o rebatir opiniones, o demostrar lo ridículo o absurdo de una postura o de una costumbre o de una política, o argumentar en general. O razonar, en suma. No sé otros articulistas, pero yo tengo a menudo la sensación de que demasiada gente ha optado, como táctica, por «no darse por enterada» de lo que se le opone u objeta, o aun de lo que se le demuestra. De tal manera que con frecuencia uno se encuentra con que lo que ya ha dicho debe volver a decirlo, porque la primera vez es como si no contara (y a veces también la segunda y la tercera). Y así, si los que escribimos en prensa nos repetimos, es en buena medida porque la realidad española se repite infatigablemente, con una tendencia enfermiza a no escuchar ni enmendarse casi nunca, todavía menos a reconocer un error o una falacia y a disculparse por ellos. En esta actitud de *fingir no haberse enterado*, son nuestros políticos quienes se llevan la palma, pero no son los únicos en adoptarla. Se trata más bien de algo generalizado, instalado en la sociedad, lo que antiguamente se llamaba «un vicio». El mensaje que yo suelo recibir viene a ser este: «No me importa lo que usted ha dicho. Ni siquiera que yo no tenga argumentos que contraponer a eso que ha dicho. Ni siquiera que me haya convencido con sus argumentos. Ni siquiera que yo vea que

lleva razón. Yo voy a seguir en lo mío, como si usted no hubiera hablado. No se esfuerce, porque yo tengo un escudo infalible, lo que en nuestra lengua se llama oídos sordos».

Supongo que por eso, en parte, he escogido como título de esta colección el de un artículo en el que su sentido es muy distinto del que le doy ahora: actualmente, en España, país caluroso donde los haya, es inevitable tener la sensación de que hay *Demasiada nieve alrededor*. De que no hay disposición a escuchar ni por tanto mucha posibilidad de diálogo. De que cada vez son menos los que aceptan dejarse convencer de algo, aunque se produzca el convencimiento. «Sí, usted me ha convencido, pero yo voy a continuar como si no lo hubiera hecho.» (Dicho sea entre paréntesis: como trato de no participar de los «oídos sordos», las notas de esta edición, a pie de página, son añadidos posteriores a la publicación de los artículos en *El País Semanal*, en su día. Alguna rectificación hay, y también quizá alguna disculpa, o al menos debería haberla.)

Uno se pregunta, entonces, por qué se esfuerza (además, claro está, de por la paga). Normalmente no encuentra respuesta. Quizá lo lleve a ello una intuición muy probablemente ingenua: la de que, si decide callarse, los fingidores ya ni siquiera tendrían que fingir no haberse enterado, sino que no se enterarían, simplemente, y podrían extender aún más su nieve.

Pero es muy fuerte la tentación de callarse, en este país de cerrazón y griterío, y antes o después sucumbiré a ella, casi seguro. A los lectores individuales que sí se dan por enterados, no sé si debo agradecerles o reprocharles que me lo hayan impedido hasta ahora.

JAVIER MARÍAS
Febrero de 2007

Hacia el berrinche eterno

Tomemos por una vez medio en serio a la actual Iglesia Católica, como si fuera una institución razonable y adulta y no pueril y caprichosa, con el berrinche y la rabietta como formas de expresión más habituales. Quejas, exigencias y quejas son casi lo único que oímos salir de sus diferentes bocas, de un largo tiempo a esta parte. Las últimas, cuando escribo esto, han surgido de la del mismísimo Papa, en su amonestación *ad limina* (nadie ha explicado lo que significa eso y no pienso ir al diccionario, pero todos los diarios se han hartado de repetirlo, así que ahí va, para no ser menos) a las altas jerarquías eclesiásticas españolas, de peregrinaje en el Vaticano. Y el Cardenal Rouco aprovechó para hacer sus apostillas: en Madrid «se peca masivamente», dijo. Y yo, que vivo aquí, imbécil de mí, sin haberme ni enterado.

La Iglesia parece haber olvidado que ninguna religión ha subsistido cuando ha dejado de hacer falta, o, mejor dicho, cuando los hombres han dejado de creer en sus preceptos primero, en su doctrina luego, y finalmente en sus deidades. Y una de las principales cosas de las que las sociedades occidentales han descreído es de la noción de «pecado», lo cual no supone por fuerza, sin embargo, que se hayan convertido en desalmadas. En ellas continúa habiendo acciones que se tienen por perniciosas, indebidas, condenables o simplemente «malas». Es más, en una época tan dada a legislar y a reglamentarlo todo —no debería ser así, no por parte del Estado—, cada día que pasa des-

cubrimos más actividades prohibidas y mayor número de delitos improvisados. Dentro de poco lo será fumar, como saben, y no quiero ni imaginar el fortalecimiento de las mafias que significará eso, cuando se les añada el beneficio del tráfico de cigarrillos y habanos. No escasean, pues, las cosas que los contemporáneos encuentran muy censurables, y estos tiempos, para mi gusto, en realidad están entre los más puritanos y represores de los últimos sesenta años. Nunca en ese periodo se había querido controlar tanto el lenguaje y por lo tanto el pensamiento, que le va unido indisolublemente. Nunca se había cercenado la espontaneidad como ahora, ni había habido tantas demandas y pleitos —tanto recurso a la justicia— para dirimir asuntos que tradicionalmente no requerían de ella. La gente se ha desacostumbrado a zanjar sus diferencias por su cuenta, y no me refiero a la puñalada y la venganza, sino al diálogo, la concesión y el razonamiento. El actual intervencionismo de los Estados es monstruoso, con legislaciones hasta para arrancarle una hoja a un árbol en mitad del campo.

Pero la Iglesia no está contenta con tanto orden, y patalea porque quiere que sean *sus* leyes las que sigan rigiendo la vida de las personas, incluidas las no creyentes. El problema que no alcanza a ver, borrosa su visión por el despecho, es que, si la gente no cree, no cree, y nada puede hacerse al respecto. La gente de hoy sí cree que está «mal» matar, aunque lo vea a su alrededor a menudo y según quién lo haga no se inmute en exceso; desaprueba que se robe, pese a que a veces le haga gracia, extraña gracia; y sin duda le parece fatal levantar falsos testimonios, aunque la mayoría de nuestros políticos y periodistas se dedique entusiásticamente a ello, a diario. Pero la gente de hoy no ve mal alguno en el sexo, cuando se da a solas o de mutuo acuerdo; ni considera que el adulterio incumba más que al

marido, a la mujer y quizá al tercero, ni condena los divorcios rápidos; tampoco ve nada punible en no «santificar» las fiestas, y no logra que le parezcan «pecado», ni siquiera metafóricamente, la gula ni la pereza. En cuanto a amar a Dios por encima de todo, me temo que a eso hace mucho que casi nadie está dispuesto, ni los fieles, porque a nuestro alrededor hay demasiadas personas tangibles a las que profesar más grande afecto. Y me juego un dedo a que no hay nadie —ni Rouco, estoy convencido— que juzgue muy grave saltarse ese primer mandamiento.

Sin duda a muchos les parece mal el aborto (yo, que no soy creyente, sé que nunca habría consentido en uno que de mí hubiera dependido), pero casi ninguno cree obrar «mal» por utilizar un condón, entre otros motivos porque percibimos gran diferencia entre interrumpir algo iniciado y evitar que eso se inicie. Y pocos objetan no ya a la homosexualidad, sino a que quienes la profesan se unan de manera legal si lo desean, con o sin «matrimonio», la palabra es lo de menos, un antojo etimológicamente desafortunado. Para que unos preceptos y una doctrina sigan vigentes y vivos, hace falta que se acepten, que se compartan, que acerca de ellos exista un común acuerdo no impuesto. Pretender que hoy las personas *vean* mal el uso de un preservativo, o el sexo, equivaldría a pedirles que condenen la idea de que la tierra es redonda. Y eso es lo que la actual Iglesia, tan tozuda y caprichosa como un niño malcriado que gozó durante demasiado tiempo del común acuerdo —y además lo impuso a menudo, cuando le fue posible—, no comprende. Y así se lleva después tanto berrinche, que hasta la eternidad puede durarle.

13-II-05